

LOS DOBLES DE JORGE SEMPRUN

LA SEGUNDA MUERTE DE RAMÓN MERCADER, por Jorge Semprún; Editorial Tiempo Nuevo, Caracas, 1970; 341 páginas, 19,90 pesos (segunda edición).

“¿Cómo ha de convencer el hombre asesinado a su victimario que no lo asediara?” —interroga Malcolm Lowry desde *Bajo el volcán*. A pocos metros de él, quizás, en ese mismo México que el Cónsul transitó, perigrinamente, en una fiesta de muerte y alcohol, otro hombre podría responder que no hay modo alguno de eludir ese conjuro imponiéndose a despecho de toda voluntad.

Porque es legítimo suponer que en esa celda, en la cual expira una condena de 20 años, Ramón del Río Mercader (alias Jacques Monard, alias Franc Jacson), un militante comunista español, habrá divisado una y otra vez el rostro sangriento de un hombre sobre el que su mano, empuñando un pico, descargó un golpe inconcebible, calculado y fatal. Entró a la Historia por la puerta chica; sinuoso y obediente, aceptó vivir a expensas del espectro de Lex Davidovich Bronstein, alias León Trotzky.

¿Inocente o culpable? A treinta años del atentado, la opción pacta con el silencio, ese lujo de la vergüenza.

Pero hacia 1967, en Vaugrenier, otro español de 44 años y rasgos de Jean Marais se larga a dilucidar el enigma. El talento de Jorge Semprún adaptador y guionista de *Z*, el film de Costa Gavras, consistirá en ahondar el misterio. *La segunda muerte de Ramón Mercader*, su tercera novela, es un laberinto diáfano y barroco, un canto de amor atizado por una tragedia moderna: la de los activistas políticos.

Nacido en Madrid, en el seno de la alta burguesía, hijo de un católico amigo de Emmanuel Mounier, corresponsal de la revista *Esprit* y hacedor de opúsculos sobre Filosofía del Derecho, poemas y tesis utópicas, Semprún enfrenta a los 13 años el hecho que signaría su vida: la Guerra Civil Española. La madre es hermana del Primer Ministro del Interior de la República, Miguel Maura, hombre del “Comité Revolucionario”, liberal y conservador, que en 1936 se embarca, con toda la familia, en la aventura del Frente Popular.

En 1937 el padre llega a Holanda como Encargado de Negocios de la República; en el 39, la victoria franquista lo exila en Francia. Allí Jorge com-

pleta los estudios, se licencia en Filosofía y participa de la Resistencia hasta 1943, cuando una detención lo sepulta en Buchenwald dos años, los mismos que alumbrarían su parábola inicial, *El largo viaje*.

Vuelto a Francia, se desempeña como traductor de la UNESCO, milita en el comunismo; entre 1952-62 regresa a España para organizar la acción del Partido, clandestino, entre estudiantes e intelectuales; adhiere entonces al XX Congreso y, poco después, su fervor antitalinista lo destierra del movimiento.

La segunda muerte de Ramón Mercader despliega esa temática hasta el paroxismo. En ella, pasado y presente son una misma cosa; la memoria, una espiral que fatiga el lenguaje; la Historia, un enjambre de analogías que niega toda rectitud; la individualidad, en fin, una quimera evanescente.

Funcionario del PC soviético, Ramón

manejo de sangre y nervios que es Ramón Mercader enmudece; la militancia es un olvido del Yo y esa parodia, la carne de lo real.

Espejo del personaje, la novela guarda la textura de una farsa. Nada en ella puede ser creído, salvo esa inconcebible suma de mentiras sobre la que se estructura lo verosímil. Para lograr el efecto es necesario que los hechos se dispersen interminablemente. Así, cada palabra de *La segunda muerte* es la puerta de otra historia y el texto mismo, al sugerir la idea de otros textos, argumento de un film, crítica al Estado ruso hace que sus criaturas anuden en el presente viejos lazos del pasado, mientras el recuerdo, ese vacío inaccesible, divaga entre fantasmas, arrastra al verbo tras sí, lo somete y termina estrellándolo en la impotencia.

Novela de espionaje, policial, de aventuras, propuesta política. *La segun-*



El novelista (der.) y Costa Gavras: La farsa de lo verosímil.

Mercader habita en España con su mujer y su hija, amparado en el cargo de alto ejecutivo. Una supuesta misión lo lleva a Amsterdam; hombres de la CIA y Alemania Oriental siguen allí sus pasos minuciosamente: los desconcierta este personaje obsesionado por una pintura de Vermeer, la firma de contratos o sus visitas a turbios bodegones.

Pero un movimiento implacable va esparciéndose alrededor de Mercader. Ramón sabe que su nombre es un detonante, la traición mora en él; un hábito de condena transforma cada gesto suyo en otra cosa, cualquier singularidad le está vedada: el espanto de Coyoacan es su origen y también su destino.

Es allí, precisamente, en ese galope alucinante de identidades, donde reside la eficacia de *La segunda muerte*. Cada página desbarata la arquitectura de la anterior, doble de dobles; ese

da muerte de Ramón Mercader exige al lector una entrega absoluta para entrar en ese juego donde los narradores se relevan mutuamente, donde ciertos hechos se anticipan sin desenlazarse, donde varias historias que prometen contarse son diluidas en la nada. No obstante, su claridad es devastadora. Algo unifica la muerte de ambos Ramón Mercader, redimiendo y acusándolos al mismo tiempo, y es esa obediencia ciega que en manos de Semprún se vuelve liturgia expiatoria. Si al primero se le exige la vida en nombre del Octubre rojo, al segundo, impassible, lo devora el Moloch burocrático.

Veterano militante comunista, a Jorge Semprún también lo fascina la inmolación. El lenguaje es su pira y sólo ese canto apasionado que entona al viejo espíritu bolchevique, impide que *La segunda muerte* sea sólo las cenizas de una derrota admirable. ⊕